

– *¿Y cuáles son sus armas para atravesarlo, para lidiar con ese vacío?*

– Las puede usted imaginar, pero no las diré, no sea que vuelvan a decir que soy demasiado metaliterario y todo eso que dicen en España –sólo en España– donde asombrosamente tan poco cervantinos son. Coincido completamente con Javier Marías cuando señala que este país se ha convertido en una sociedad de nuevos ricos con pocos escrúpulos y una moral muy laxa. Por no hablar del grado de ignorancia y, sobre todo, de satisfacción con esa ignorancia. Si eres culto, estás perdido. Es un país con mucha saña y mucha mala leche, de escasa –por no decir nula– categoría moral. Barcelona, por su parte, era una ciudad que al menos antes miraba a Europa y que tenía vida interesante, sobre todo intelectualmente. Pero la ciudad está espantosa ahora, por muy de moda que esté en el mundo. Está de moda, por otra parte, por esa permisividad que no están dispuestas a conceder otras ciudades europeas más importantes y más serias. Aquí a Barcelona viene todo el mundo a cagarse a la calle, y hasta les aplauden. La ciudad se ha vuelto un parque temático y no pienso tardar mucho en irme de ella para empezar una nueva y mejor vida.

– *¿Puedo preguntar dónde le gustaría irse? ¿Al faro de Cascáis, quizá?*

– Me acuesto temprano. Como Proust, pensará usted. Exacto. Pero se lo digo porque quiero que sepa que ya no salgo de noche, voy a dormir hacia las once. Cuando alguna vez rompo ese horario y voy a alguna cena, se me complica todo. Me ocurrió en Nueva York, hace poco, cuando fui a cenar a casa de Siri Hustvedt y Paul Auster. Yo siempre había soñado en Nueva York, que ha sido siempre mi lugar ideal para vivir. De hecho, antes tenía sueños en los que sentía que era feliz porque vivía en Nueva York. En mi primer viaje a esa ciudad hace diez años, busqué esa felicidad que encontraba en los sueños, pero no di con ella. Ahora recién

«Si eres culto, estás perdido en este país de mucha mala leche y escasa o nula categoría moral»

temente, en mi segundo viaje, la encontré por fin. A medianoche en casa de Paul Auster y Siri Hustvedt. Estábamos en los postres y sentí que era completamente feliz. Estaba en Nueva York, estaba en aquella casa genial. Todo cuadraba. Sin embargo, debido a mi horario y a pesar de mi estado de felicidad, no podía evitar largos bostezos que daban la impresión a mis anfitriones de que podía estar aburriéndome cuando era todo lo contrario. Pero el alma iba por un lado y el cuerpo por otro. Con todo, me quedó muy claro que la felicidad estaba en Nueva York. Es el primer lugar en la lista, pero estoy seguro de que, por comodidad, la ciudad elegida será París, donde lo tengo más fácil todo y que, a fin de cuentas, tampoco está tan mal. Sí, me iré a vivir a París a pensar –como cuando Pessoa estaba en Sintra y quería estar en Lisboa, aunque cuando estaba en Lisboa quería estar en Sintra– que tendría que estar viviendo en Nueva York.

– *Se habla de vacíos, de abismos, de precipicios... y, sin embargo, son cuentos muy optimistas. El libro se lee con una sonrisa constante. El humor, dice, «es el centro del universo, no la esperanza»...*

– Eso lo dice en *Ame a Bo* el astronauta que narra la historia. Pero seguramente el astronauta, ese hombre perdido en el espacio, soy yo. Con ese relato sucedió que, al escribirlo y ponerme en la que para mí era la situación más angustiada del libro –ese hombre que viaja en soledad, infinitamente en línea recta, sin posibilidad de retorno–, descubrí que no era la esperanza, sino el humor el centro mismo de mi universo. Ante la muerte física sólo veo dos salidas, así a priori: dignidad y humor.

– *Ha reflexionado mucho sobre la ironía: «la forma más alta de la sinceridad», «el mejor artefacto para desactivar la realidad»... En «Exploradores del abismo» habla de «la utilización de la ironía templada como rasgo de elegancia» ¿La ironía es para usted una actitud ante la vida?*

**«El humor es el centro de mi universo.
Ante la muerte, veo dos salidas, la dignidad
y el humor»**

Me interesa la ironía como complot contra la realidad. Y en cuanto a eso de «la forma más alta de la sinceridad», la verdad es que me han preguntado por esa frase muchas veces. Le seré sincero. La escribí sin saber muy bien lo que quería decir. Por eso la frase me persigue. Todo el mundo me pregunta por ella. Y yo la aclaro cada día de una forma distinta. Dicen que un libro clásico es aquel que no acaba nunca de contestar a las preguntas que nos hacemos sobre él y que por eso dura tanto y se convierte en un clásico. Es lo que me sucede a mí con esta pregunta, que se ha convertido en un «clásico» de mis entrevistas más recientes. Anda todo el mundo dando vueltas a qué he querido decir con la frase. Esto me recuerda a una de Nietzsche que Savinio colocó al frente de su libro *Maupassant y el otro*. «Maupassant, un verdadero romano», decía el epígrafe de Nietzsche. «No bromeo lo más mínimo –decía Savinio en una nota a pie de página a este epígrafe– si digo que la definición de Nietzsche ilumina efectivamente la figura de Maupassant. Y quisiera añadir: mediante el absurdo. La ilumina tanto mejor cuanto que no se sabe qué es lo que Nietzsche ha querido decir llamando *romano* a Maupassant, y quizá después de todo no ha querido decir nada, como ocurre a menudo con Nietzsche. Pero, ¿me entenderá el lector si digo que cuando más se dice es *no diciendo nada*?».

– *Otro nexo común entre los cuentos es ese guiño autobiográfico que lleva a que muchos de sus protagonistas acaben de pasar por el quirófano, o vayan a enfrentarse próximamente a una operación, incluso usted mismo relata el grave colapso físico que sufrió recientemente. ¿Siente de verdad, como afirma en el libro, que tras esa experiencia es usted «otro»? ¿De qué forma la enfermedad ha cambiado su literatura, y su vida, por mucho que en usted ambas sean una misma cosa?*

– Como persona, me he serenado. Incluso me he vuelto extraordinariamente receptivo y atento con los demás. En mi círculo íntimo, no hay duda alguna sobre mis cambios y hasta se

«Un libro clásico es el que no acaba nunca de contestar a las preguntas que nos hacemos sobre él»

habla de un *renacimiento*, en el amplio sentido de la palabra. En lo literario, la respuesta a si he cambiado es: Sí y no. Y creo que está bien que así sea. *No* he cambiado porque a estas alturas de la expedición ya hay –afortunadamente para mis lectores– un estilo propio y es imposible extirparme el ADN literario. Hay un ritmo, un tono, una melancolía y un humor a los que sólo podría renunciar con el silencio y la desaparición, y me temo que ni siquiera así. Y es que, como dice mi amigo y admirado Rodrigo Fresán, por más que declare mi admiración por la sencillez de un Raymond Carver por ejemplo, a mí me seguirán sucediendo cosas vila-matasianas. Y *sí* he cambiado, porque en *Exploradores del abismo* me interrogo sobre mi obra y me pregunto por dónde proseguir y me abro a mí mismo nuevos caminos para continuar. He tenido incluso la impresión en el libro de que si hasta ahora comentaba las obras de otros y las convertía en mías, ahora comento mi propia obra, la discuto y la altero, he pasado a ser en algunos aspectos –como digo en *Café Kubista*, el prólogo, donde no todo, por otra parte, de lo que digo allí, es cierto– un disidente de mí mismo.

– *Ese placer por el juego, por hacer desaparecer las fronteras entre realidad y ficción y sembrar la confusión en los lectores, sumado a sus ya conocidas entrevistas falsas, o las citas que son tuyas y pone en boca de otros escritores, cuando no se las inventa directamente, provoca que el lector acabe intrigado y divertido, pero a la vez que siempre ponga en duda todo lo que afirma como realidad. ¿Le divierte, le es indiferente o puede llegar a preocuparle ese grado de desconfianza? ¿Fuera de la literatura está también siempre «bajo sospecha» por parte de quienes le rodean y conocen su afición a la impostura?*

– Se olvida a menudo que yo trabajo literalmente en el campo de la ficción. La ficción es invención. La ficción es ficción. Como decía Nabokov (y no invento la cita, pero si lo hiciera la frase diría lo mismo que dice), «calificar un relato de historia verídica es un

**«Tiene razón Nabokov: calificar
un relato de verídico es un insulto al arte
y a la verdad»**